

La infancia—a menudo sombría—del hombre de genio suele colorear, cuando grana, sus concepciones. De la infancia de *Leonardo*—hijo ilegítimo de *Ser Piero da Vinci*—, atormentada por el desencanto paterno, vivida entre las faldas de la madre abandonada y luego en la adopción del matrimonio de *Vinci*, se ha querido deducir lo clásicamente enigmático de la sonrisa de la *Gioconda*, la estereotipación de esa sonrisa en cuadros sucesivos, sus afanes experimentales—que han determinado la pérdida de alguna de sus obras—, su curiosidad hacia problemas físicos y anatómicos—a que había de llevarle la pintura—, sus estudios de Geología y Astronomía, de las artes guerreras y sobre el vuelo de las aves. Quien tal hace supone que la repetición de la sonrisa de la *Gioconda* en otras telas traduce la alegría de *Leonardo* por haber encontrado la sonrisa a un tiempo resignada y dolorida de la madre desamparada, y que en la composición—fuera de los moldes clásicos—de su cuadro la Virgen, Santa Ana, y el Niño juega la fusión de las dos madres, pues Santa Ana tiene aire juvenil y las telas se confunden como si vistieran a una sola persona. Por otro camino, parece que *Leonardo* guardaba entre los primeros recuerdos de su vida la llegada de un buitre que le golpeó en la boca mientras se hallaba en su cuna, y suponía él mismo que acaso aquello fuera como una predestinación que guió sus estudios sobre los buitres y, en general, sobre los vuelos. También ahí ve *Breud* el símbolo de la preocupación vinciana por las condiciones de su nacimiento, pues en el viejo Egipto *Mut*, Diosa de la Maternidad, se fecundaba sin concurso masculino, desplegando las alas al viento. Y *Pfister* ha descubierto en el cuadro aludido que el manto azul

